

ticias tibias, mínimamente alentadoras: un soterrado grito de rebeldía popular ahogado en sangre, un nuevo mártir vilmente ejecutado por no acatar la ignominia, un gallego o una gallega muertos con las armas en la mano, defendiendo la libertad. Y entonces el poeta, esperanzado en el fondo de su ser, vibra emocionado, rescatado efímeramente la verticalidad conjunta del ser y el estar omnimodamente libre, como en el canto a la guerrillera Manuela Sánchez: Pomba, pomba, mai, señora, / guía, vara, mai de nós: / Hoxe con quero saber como te chamas / nin preguntar qué foi da túa mocidade. / Hoxe non quero máis que te lembrar de novo / no cume máis antergo das mámoas proteitoras, / ergueita, xurdia, forte, lanzal coma ninguén...

Toda la poesía de Lorenzo Varela —tanto la de expresión gallega como la escrita en castellano— rezuma noble dolor y esperanza estrangulada, evocación palpitante de angustia y lúcido, desesperado anhelo de no perder las señas de identidad que lo enraizan en un mundo —un tiempo, una tierra, un proyecto de vida solidaria— del que ha sido expulsado sin piedad, violentamente. Conmueve, impresiona su voz cuando exclama, desvalido y doliente como un niño injustamente castigado: ¡Tan doce era a xuntanza miña e vosa, / de todos nos co mundo!

Poesía a fondo perdido, auténtica, radicalmente humana, estremecedoramente bella, vieja y joven al mismo tiempo. ■ XAVIER COSTA CLAVELL.

REVISTAS

Cuarenta años de España: un balance necesario

CINCO años después de la muerte del dictador, los lamentos, las acusaciones, los escritos apasionados se suceden uno tras otro. Son, en la inmensa mayoría de los casos, quejas legítimas, testimonios dramáticos y necesarios que no debían quedar en el silencio. Sin embargo, y ya de cara a un futuro inevitable y problemático, se va haciendo cada vez más imprescindible el realizar un balance minucioso y

pormenorizado de lo que la etapa franquista destruyó, así como la magnitud y la calidad de los destrozos. Si hay que ir construyendo algo nuevo es absolutamente necesario saber de dónde partimos. Y esto palmo a palmo, miseria a miseria, cerebro a cerebro.

La revista "Tiempo de Historia" (1) ha realizado en este sentido un interesante esfuerzo para ir desglosando las diferentes parcelas culturales, políticas y económicas que padecieron los cuarenta años. No hay que concluir que estos análisis carecen de valoración crítica. No es así: Juan



Aranzadi considera una continua represión lo que ha padecido Euskadi; Miret Magdalena opina que la Iglesia española apoyó el autoritarismo estatal más allá de lo que la postura de la Iglesia católica vaticana permitía, y Castellá-Gassols, Joaquín Marco, Haro Ibars y Fernán Gómez creen que el pensamiento, la novela, la poesía y el teatro fueron el blanco especialísimo de los censores y los dirigentes del pensamiento y la alienación. De la misma manera, Diego Galán pasa revista al largo rosario de leyes franquistas que anularon las posibilidades materiales y la creatividad que hubieran permitido un cine digno, que influyera sobre una sociedad culta y libre.

Advierte la revista que "está escrita desde un punto de vista de la izquierda, dando a este concepto un sentido muy general y muy amplio". En efecto, un primer análisis de las circunstancias que rodearon a la guerra civil (punto de partida obligado del período en cuestión) recoge las

(1) "Tiempo de Historia". Especial número 62: "1939-1979. Cuarenta años de España". Enero 1980.

declaraciones de cinco históricos militantes de la izquierda tradicional: Francisco Giral, jefe del Gobierno republicano en el exilio; Sócrates Gómez, veterano socialista; Julián Gorkin, militantes trotskista; José Peirats, anarcosindicalista, e Ignacio Gallego, del Partido Comunista. Son cinco testimonios de personas que vivieron la contienda desde puestos claves y cuya opinión puede ser escuchada con todo el respeto que da o debe producir la experiencia inteligente.

Además de los dos grandes bloques mencionados —testimonios sobre la guerra y análisis de los cuarenta años de dictadura—, el número contiene otros dos apartados de indudable interés. Es uno la extensa hemeroteca seleccionada por Fernando Díaz Plaja, que comienza en el mismo momento en que termina la guerra y va desbrozando, escogiendo y abriéndose camino, en suma, en medio de la abundantísima verborrea periodística y oficial de los cuarenta años. Representa esta selección de textos cotidianos un auténtico entramado de lo que España ha sido, y en ella tienen justo encaje los textos sectoriales citados. No menos interesante es el trabajo que cierra el número: una completísima bibliografía a cargo de María Ruipérez, dividida en I. Obras generales. II. Memorias y testimonios. III. Obras sobre el bando republicano. IV. Obras sobre el bando franquista. V. Obras militares. VI. Las brigadas internacionales y la internacionalización del conflicto, y VII. Obras económicas.

Si, este número de "Tiempo de Historia" está realizado desde el punto de vista de la izquierda, pero tengo para mí que es este el primer bloque ideológico que ha empezado a dejar los exabruptos y las reclamaciones —a las que tan legítimo derecho tenía— a un lado para poner en el debe y el haber lo que sea necesario. Y esto no dice poco en su favor. La derecha, al menos la menos cerril, debería hacer un ejercicio similar. En este país puede que haya muchas responsabilidades morales, pero todos hemos llegado a la conclusión de que exigir reparación por ellas es tras imposible, inmovilizador. Al fin y al cabo, tanto al reo como al juez les pueden saquear la casa si convierten su pleito en interminable. ■ RAMIRO CRISTOBAL.

COMICS

El underground que no cesa

LO menos que puede decirse de "Vibora" (¿o es "El Vibora"?), es que se trata de una publicación necesaria. Desaparecidos "Disco Expres" y "Rock Comix", perdidos en el recuerdo los álbumes que producía Iniciativas Editoriales, convertida "Star" cada vez más en una revista de textos, nuestros esforzados dibujantes marginales necesitaban desesperadamente un medio para dar salida a sus monstruos. Y lo han conseguido merced a la insospechada ayuda de un editor tan poco dado a experimentaciones como es Josep Toutain. ¿Puede subsistir un tebeo underground de periodicidad mensual en este país y en este momento? Toutain cree que sí; pronto lo sabremos.

Lo que no podemos dejar de decir respecto a "El Vibora" es que estamos ante una revista altamente híbrida, un cóctel de material de la revista francesa "L'Echo Des Savanes", trabajos de veteranos del comic underground norteamericano y recientes creaciones de una serie de dibujantes más o menos residentes en Barcelona. Y tal vez el contingente nacional quede malparado en el presente contexto. Las historietas de Max, Béa, Nazario, Martí, Pons y Gallardo-Mediavilla son generalmente divertidas, pero tienen un cierto sabor de rancio; resultan demasiado familiares para los que hemos estado siguiendo las revistas arriba reseñadas, se despegan escasamente de las fórmulas de violencia-sexo-y-droga, de los tiempos truculentos del underground, no abundan en humor o finuras. Tal vez, los autores se toman demasiado en serio ese título de "supervivientes" que proclaman orgullosos en la editorial del primer número.

No se trata de un vicio mortal de necesidad; en cuanto los vipers hayan demostrado que son muy malos y muy corrosivos y muy terribles —un detalle: la publicación se iba a llamar "Goma-3" hasta que las autoridades competentes desaconsejaron un título tan cargado de connotaciones— podrían plantearse la con-



veniencia de transformar la revista en algo más coherente, más sutil, más ingenioso, menos tremendista, menos obsesionado por la temática policíaca. Por ahora, "El Vihora" no descarga su veneno con la debida efectividad; es frustrante que la revista sea algo menos que la suma total de los elementos integrantes. ■
DIEGO A. MANRIQUE.

TEATRO

Teatro y política

A Rolf Hochhuth podrá tal vez discutírsele su calidad como dramaturgo, pero nadie —creo— le negará su capacidad para levantar polémicas. El escándalo llegó ya con su primera obra, *El vicario* (1963), en la que culpaba al mismísimo Pío XII de no haber hecho lo que debía para evitar el exterminio de los judíos



Rolf Hochhuth.

durante el Tercer Reich. Algunos años más tarde, en 1967 (Hochhuth no es lo que se dice un autor prolífico), eligió como nuevo blanco a Winston Churchill para demostrar, en *Soldados*, la doble moral de un estadista a quien los ingleses tenían por poco menos que intocable.

Ahora, después de otro drama como *Guerrillas* (1970) y de algunas comedias, entre ellas *Lisistrata* y *La OTAN* (1973), le ha llegado el turno a otro político, en este caso compatriota del autor, y del que lo último que puede decirse es que está por encima de toda sospecha. Se trata de Hans K. Filbinger, que fue durante doce años jefe de Gobierno del

Land de Baden-Württemberg, uno de los feudos de los cristiano-demócratas, hasta que su propio partido le obligó a dimitir, en agosto de 1978, después de que se hiciesen públicas ciertas actuaciones suyas como juez de la Marina alemana durante la guerra. Pocos días antes de la rendición del Reich, cuando ya sólo se mantenían en pie algunas formaciones militares en Noruega, el juez Filbinger había condenado a muerte a tres marineros que habían desertado a Suecia. Las tardías revelaciones provocaron en la RFA un enorme escándalo político que le costó finalmente el puesto.

Con su nueva obra, escueta-

mente titulada *Los juristas*, que debe estrenarse próximamente en la RFA, Rolf Hochhuth encenderá sin duda otra vez vivas discusiones. Sobre todo, en un año en que uno de esos juristas, Karl Carstens, ocupa nada menos que la Presidencia de la República, mientras que la sombra de Franz Josef Strauss, correligionario de Filbinger, se cierne sobre la Cancillería de Bonn.

Una obra de Ulrike Meinhof

La obra se titula *Bambule* y acaba de estrenarse en un escenario de Bochum. Ulrike Meinhof

CULTURA A LA CONTRA

El hedonismo

NO está de moda pasarlo bien; no parece serio. Lo que mola, dicen, es sufrir cantidad. Y, por lo visto, hacer sufrir a los demás, porque lo uno va con lo otro. Resulta que ya no se puede uno ni fumar un porro por divertirse, sino por militancia. Hay que tener un carnet del partido radical —italiano, por supuesto; el de Lerroux no sirve— para poder tomar drogas blandas, abortar o comer ostras. Son cosas que ya no se pueden hacer por libre y sin poner cara de profunda responsabilidad. Y no hablemos ya de temas mayores, como las drogas duras. Ahí hay que justificarse más y hace falta carnet de adicto, cara de arrepentido y recetario de estupefacientes para conseguir metadona o porquerías similares en las farmacias.

Entonces, parece ser que tenemos que convertirnos en mutantes, en "Obreros especializados", como se llama un buen grupo de "rock" mecánico que hay por aquí, y no sentir, no gozar, no sufrir. Pues no me apetece nada; yo quiero volver a gozar de los simples placeres de la existencia sin moralina incluida, sin preguntarme si está bien o mal, sin justificarme. El otro, un amigo mío del siglo pasado, contaba ya, hacia 1890 o así, que Dios ha muerto y que todo está permitido; pero parece que no se ha asimilado mucho esa historia, que no se cree en la libertad de cada uno para pensar, decir o hacer lo que uno quiera sin tener encima el ojo de Pepito Grillo, advirtiendo del bien y el mal. Parece ser que no se ha entendido que los seres humanos, si es que existe eso que se llama raza humana, tenemos auténtico derecho a hacer lo que queramos con nuestra vida y nuestro cuerpo sin dar cuentas a nadie.

Cierto que el antihedonismo que nos machaca es una postura realista y consecuente: el mundo en que vivimos se niega de una forma insistente y cabezota a darnos placer, y que buscarlo es como pedir peras al olmo. Pero también es pedir lo im-

posible cuando quieres que te traten bien por la calle, que no te maltraten demasiado, que no te hagan la vida imposible de una manera oficial o extraoficial. Y no hay por qué ser consecuente siempre, o tal vez habría que serlo de otra manera: reivindicando, por ejemplo, no el derecho al sufrimiento, sino el derecho al goce continuo y sin problemas. Reivindicando el derecho a la vida alegre y divertida, como reza el "slogan". Y deberíamos tal vez —siempre tal vez, no estoy seguro, a lo mejor me equivoco— confundir la libertad con el libertinaje, porque a lo mejor el libertinaje es parte de nuestra libertad, algo a lo que tenemos derecho. Yo no sé si el libertino —esto es, el que se plantea la existencia como algo válido en sí y digno de vivirse sin pensar en por qué estamos vivos— es bueno o malo, listo o tonto, pero sé que intenta gozar, y no me parece nada mal. Me confieso hedonista irredento; tampoco trato de hacer una bandera de ello ni le digo a nadie que o goza o lo mataré. Pero no quiero tener que ejercer mi derecho al placer como si fuese a la oficina, porque no me han gustado nunca las oficinas ni las cosas a horas fijas.

Resulta hasta casi estúpido hablar de ello, ser defensor de lo obvio; lo malo es que lo obvio, lo evidente, se olvida demasiado a menudo. Y que el derecho a divertirse, a hacer el amor, a gozar, no está ni en esta Constitución —la que sufrimos los españoles— ni en ninguno de los textos legales que sufren en los demás países del mundo. Y que igual, si defendemos el derecho al placer y al juego, a vivir una vida más plena, nos llaman terroristas, o ácratas irredentos —como antes se decía "liberales irredentos y decimonónicos"—, o pasotas, o cosas igual de feas. Y nos encierran en sordidas mazmorras aplicándonos la Ley de Peligrosidad Social por la cara, como lo hacen todo. ■
EDUARDO HARO IBARS.